

Fracaso escolar y bienestar emocional

A lo largo de los años se han buscado diferentes causas para explicar el fracaso escolar. Algunos estudios han insistido en los factores estrictamente vinculados a los alumnos: sus capacidades, su motivación o su herencia genética. Otras perspectivas, por el contrario, han puesto el énfasis principal en los factores sociales y culturales

Álvaro Marchesi
Catedrático de Psicología Evolutiva

EL HECHO de que las zonas socialmente desfavorecidas tengan un porcentaje superior de fracaso refuerza esta posición. Existen también visiones alternativas que sitúan en segundo plano los factores individuales y sociales y atribuyen la mayor responsabilidad al propio sistema educativo, al funcionamiento de los centros y al estilo de enseñanza de los profesores.

Para los defensores de esta interpretación, existe el riesgo de que los responsables de la educación y los equipos docentes eludan su responsabilidad buscando las causas del fracaso en factores externos a la educación: la sociedad, la familia o la disposición del alumno. De esta forma, señalan, difícilmente se pondrán en marcha iniciativas radicales y duraderas para reducir los problemas educativos.

Desde mi punto de vista, no se debe buscar una explicación simple del fracaso escolar, sino que debe tenerse en cuenta la interacción de múltiples niveles: las exigencias sociales, la cultura, las expectativas y la dedicación de las familias, la estructura y los recursos del sistema educativo, el funcionamiento de los centros, el trabajo de los profesores y la disposición del alumno. Esta perspectiva pone de manifiesto que la disminución del fracaso escolar depende de políticas sociales y educativas que aborden el problema en todas su complejidad.

No es posible en este breve texto desarrollar todos los temas esbozados en los párrafos anteriores. Prefiero seleccionar dos dimensiones que tienen una importancia indudable en la acción preventiva del fracaso escolar: el cuidado del bienestar emocional de los alumnos y la preocupación por el bienestar de sus profesores.

La preocupación por el desarrollo socioemocional de los alumnos no suele estar entre las prioridades de la acción educativa en las escuelas. Sin embargo, es una dimensión crucial. En ella se asienta, por una parte, la capacidad de los alumnos para las relaciones sociales, la amistad y el cariño. Por otra, su serenidad para la búsqueda de nuevos aprendizajes y su sensibilidad para comprometerse en la ayuda a los otros.

La sensibilidad y el desarrollo afectivo de las personas encuentran sus raíces más sólidas en las experiencias tempranas de los niños, en el clima de confianza y de afecto que viven con sus padres, capaz de transmitirles una seguridad emocional básica sustentadora de futuros intercambios afectivos. El contexto familiar es, en consecuencia, el núcleo inicial más poderoso para el desarrollo afectivo.

No es extraño, por ello, que en muchas ocasiones se considere a la escuela sólo relativamente concernida con la esfera emocional de los alumnos y se atribuya a los padres

una responsabilidad casi total en el cuidado de las experiencias de los niños en este ámbito. Sin negar este papel central de los padres, especialmente en las primeras edades, ha de aceptarse igualmente que los alumnos configuran en su tiempo escolar gran parte de sus relaciones afectivas con los otros, del conocimiento de sí mismos y de su autovaloración.

La vida escolar genera, como no puede ser de otra manera, multitud de sentimientos. Las relaciones con los diferentes profesores, los amigos y los menos amigos, las exigencias, los conflictos, las frustraciones, las necesidades insatisfechas, las repercusiones del clima familiar y un sinfín de situaciones provocan en los alumnos reacciones constantes cuya expresión está en función de su propia personalidad. Los alumnos suelen manifestar que están bastante satisfechos en el colegio, aunque no hay que olvidar que el 16% de los que cursan el último curso de primaria² quieren cambiar de escuela. Son bastantes alumnos que no se sienten bien y los que más necesitan que se tenga en cuenta su situación.

El profesor ha de ser consciente de que en las relaciones que se establecen en su aula se está creando una red de afectos. Y de que él es un punto de referencia emocional importante para cada uno de sus alumnos. Su manera de comunicarse, de organizar el trabajo en la clase, de atender y de evaluar a sus alumnos va a tener una indudable repercusión en ellos. Las acciones del profesor pueden favorecer la autoestima de los alumnos, especialmente de aquellos con mayores problemas de aprendizaje, o pueden, por el contrario, dañarla. El acierto del profesor está en propiciar experiencias de éxito que rompan el círculo negativo de incapacidad-fracasobaja autoestima-abandono.

Con esta finalidad ha de presentar a los alumnos con problemas de aprendizaje tareas que puedan resolver y que les permita experimentar la satisfacción de realizar con acierto las actividades escolares. El cuidado de esta dimensión afectiva de los alumnos contribuye a su desarrollo personal, favorece su compromiso con el aprendizaje y aporta también un substrato necesario para el desarrollo moral.

El cuidado del desarrollo emocional de los alumnos reclama la existencia de lugares, tiempos y actividades en los que puedan expresarse con naturalidad. La hora de tutoría puede ser un buen momento para comentar determinados sucesos y permitir que los alumnos digan lo que les sucede. También a veces es necesario dedicar algunos minutos a que los alumnos se expresen al comienzo de una clase si ha habido un conflicto que está impidiendo que se centren en el aprendizaje. En este proceso, el profesor y especialmente el tutor deben conocer la situación de cada alumno y tratar de que todos, los que más hablan o gritan y los que pasan desapercibidos, encuentren cauces tranquilos de expresión.

La reflexión colectiva no agota los mecanismos que una escuela puede impulsar para favorecer la expresión emocional de los alumnos, especialmente de aquellos con problemas afectivos y de conducta. El teatro y la expresión artística son otras tantas actividades que una escuela puede favorecer y que, además de sus valores formativos, cubren la función de canalizar los afectos de los alumnos.

En consonancia con lo que se acaba de señalar, es necesario que los centros y los profesores tengan en cuenta que el cuidado del bienestar emocional de sus alumnos es una de sus más importantes responsabilidades. Preocuparse por el alumno significa ayudarle para que vaya asumiendo la responsabilidad sobre su propia vida, el cuidado de sí mismo y de los otros, el desarrollo de actitudes compasivas y solidarias, y la formación de un juicio moral autónomo, capaz de decidir de forma responsable ante los dilemas que la vida presenta. Para conseguir estos objetivos, la tutoría, la orientación educativa, la reflexión conjunta y los debates sobre las situaciones vividas por los alumnos o presentes en la sociedad han de ocupar un lugar primordial en el funcionamiento de los centros y en la actividad de los profesores.

¿Quién debe preocuparse por el bienestar de los profesores? En primer lugar, el propio profesor, porque está en juego su propia satisfacción profesional y vital. Cuatro estrategias me parecen especialmente útiles para dar pasos firmes en esta insegura y permanente búsqueda del equilibrio emocional: la reflexión sobre el significado de la actividad educativa, los amigos compañeros, el tiempo para el distanciamiento y una cierta dosis de humor.

En segundo lugar, las administraciones educativas, porque son en gran medida responsables del desarrollo profesional de los docentes. Tres compromisos ayudarían a afrontar con más seguridad y confianza los obstáculos, tensiones y sinsabores que se viven en la actividad docente: el respaldo al trabajo de los profesores, la protección especial a los equipos que tienen mayor riesgo de conflictos y la definición acertada de una atrayente y exigente carrera profesional.

1 Las ideas que se incluyen en este texto forman parte del libro: *“Qué será de nosotros, los malos alumnos”*. Madrid: Alianza. 2004

2 INCE. 1997. *Evaluación de la Educación Primaria*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura.

Una profesión conflictiva y con más desgaste emocional

LA PREOCUPACIÓN por el bienestar emocional de los alumnos debe ir de la mano con el cuidado por el bienestar profesional y emocional de los docentes. La profesión docente es una de las más satisfactorias, según la opinión de los propios docentes. La Encuesta de Calidad de Vida en el Trabajo, realizada por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales en 2002, señala que son los que tienen un nivel medio más alto de satisfacción con su trabajo (7,26 en una escala de 10 puntos).

Sin embargo, es una de las más conflictivas y con mayor desgaste en la esfera emocional. No hay contradicción alguna entre ambas afirmaciones. Incluso se podría señalar que gran parte de la satisfacción del profesorado procede del compromiso personal y emocional que exige la actividad docente. Pero hay que apuntar igualmente que en ese mismo compromiso anida también la semilla del cansancio y de la desesperanza.